

El virus de la sanidad pública

DANIEL RIVAS

27 de enero.- Hola de nuevo a los usuarios de elmundo.es. Hace unas semanas que no participaba en esta sección ciudadana porque me había propuesto a mí mismo ser menos crítico y un tanto más conformista con lo que los señores políticos, elegidos democráticamente por la sociedad, disponen en sus propagandísticas medidas de cara a la galería. He fracasado en el intento, estoy de vuelta.

Quiero decir antes que nada que no hablo de partidos o colores políticos. Eso no me interesa, sólo el resultado de la gestión de quien está en el poder y cómo nos afecta a los ciudadanos. Así que voy ya con la denuncia.

Servicio de Urgencias del **hospital infantil de La Fe**, en Valencia, domingo 25 de enero, 21.30 horas. Resulta que tengo el capricho de acercarme por el hospital porque a mi niña de dos años le ha dado uno de esos virus con los que los pediatras justifican cualquier cuadro de vómitos, diarreas y demás, previa consulta con el médico de guardia del ambulatorio.

La chiquilla tira todo lo que toma, hasta el agua, y tememos que se pueda deshidratar, aunque los que saben de esto opinen que estamos exagerando. 'Están todos los niños igual', nos dice la resignada celadora antes de que abramos la boca, tras lo cual nos invita a volvernos a casa tras avisarnos de que hay un **retraso de unas cuatro horas, como mínimo.**

La cara de la niña es un poema, ni rastro de su habitual vitalidad, a lo que sumamos que está ardiendo por la fiebre, así que decidimos pasar a la sala de espera dispuestos a tirar de paciencia. Pero no podemos ni sentarnos.

Un grupo de enfermeras charla alegremente junto a la puerta de entrada, todas ellas acomodadas en sillas y ajenas a la dantesca imagen que parecen estar acostumbradas a contemplar a diario.

Madres que sujetan a bebés de escasos meses con capuchas y bufandas para protegerlos del frío acumulan horas en la deprimente sala de espera, mientras otras, menos afortunadas, se han instalado **con sus hijos en las escaleras** a falta de asientos.

Hay familias de todas las nacionalidades, con pequeños que tosen, se quejan y mantienen pegados a las bolsas de basura dispensadas en recepción para hacer más llevadera la espera en caso de vómito. Digo lo de las nacionalidades porque esa suele ser una de las excusas de la Administración cuando se critica la sanidad pública. Faltan fondos porque somos un millón más, ya tengo la lección aprendida.

Pero seguro que el millón más, ni tres millones más que fuéramos en esta bendita tierra serían obstáculo para que los gobernantes tengan la atención sanitaria garantizada, sin esperas y en condiciones saludables, dignas.

Ante esta situación, que ya he vivido en otras ocasiones, pienso en cómo reaccionaría una o uno de los políticos que apadrinan la sanidad pública y nos hablan a diario de planes de salud, centros hospitalarios y servicios de calidad si se encontraran en una situación similar con su pequeño o pequeña sin poderse mantener en pie y una espera de un mínimo de cuatro horas por delante.

No puedo imaginármelo porque simplemente es una utopía. Al final, por si a alguien le interesa, volvimos a casa y estuvimos toda la noche pendiente de la chiquilla por si teníamos que volver al hospital a hacer uso de nuestra posición de privilegio en la lista de espera. Por suerte, no fue necesario.

Están de moda los virus, pero yo el único que realmente conozco, con síntomas y efectos secundarios incluidos, es el de la sanidad pública.

El Mundo